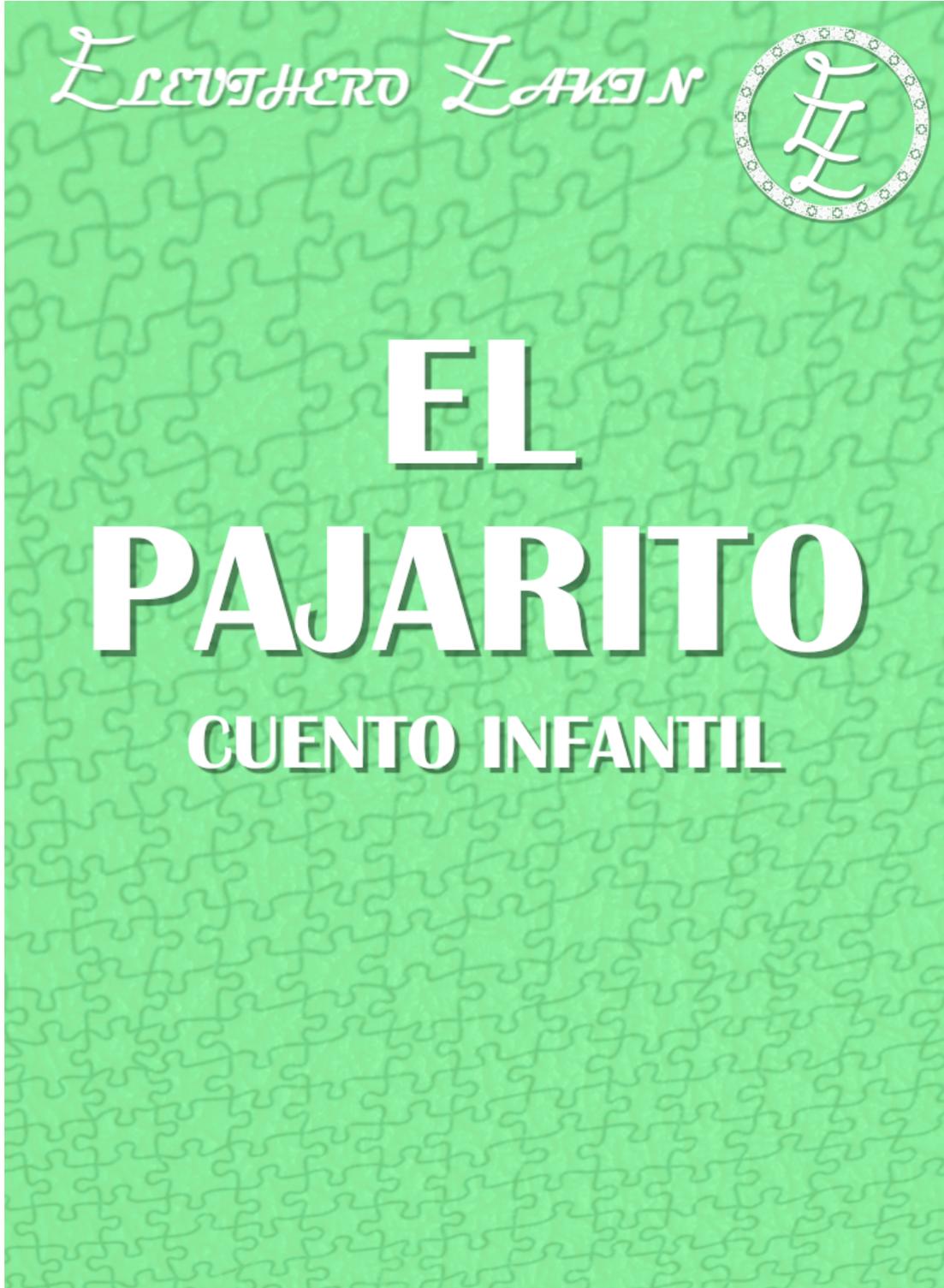


El Pajarito

Eleuthero Zakin



Capítulo 1

El Pajarito

Cuando era solo un niño, estaba caminando por la calle con rumbo a mi colegio, llevando mis cosas en la mochila. Iba a clases durante la mañana, siempre con sueño, porque mi mamá me despertaba y me costaba levantarme de la cama. Era cosa de todos los días pelearme con la almohada y las frazadas, la que parecían tener vida propia y me sostenía para no levantarme y ahí es donde mi mamá me ayudaba y, de paso, me vestía y preparaba el desayuno para mí y mi papá.

Uno de esos tantos días de invierno, me había despertado tarde, porque el reloj despertador de mi papá falló aquella mañana y no sonó a la hora. Ahí, mi papá tuvo que levantarme muy rápido y no alcancé a desayunar como siempre lo hacía. Lo que tuvimos que hacer fue dejar unas frutillas y un pan en una bolsa de cierre hermético, para así llevármela y comer en el colegio, antes de las clases. El momento fantástico, el que recuerdo con mucha alegría, llegó cuando iba caminando a mitad del camino. De repente, vi un pajarito acercarse hacia mí sin darme cuenta. Resulta que no tenía bien tomada la bolsa o, mejor dicho, no lo tenía colgando cómo es típico: con la mente de niño que tenía, se me ocurrió la rara idea de llevarla sobre mis manos abiertas. Con eso, había preparado perfectamente la bolsa para que el pajarito llegara y me lo robara en lo que dura un parpadeo. Resulta que, para no pasar hambre durante la clase, no encontré otra solución más que seguirlo, porque tampoco tenía dinero para comprar algo para comer.

Estuve corriendo porque el pajarito iba muy rápido, incluso con el peso que tenía la bolsa. Habrán sido como un par de cuadras y vi que se había llevado mi comida a un nido, sobre una rama repleta de hojas amarillas, en un árbol de tronco grueso. Muy enojado, traté de ver si podía buscar la manera de subir, pero empecé a observar más detenidamente y me di cuenta que se oían sonidos de pajaritos más pequeños, piando por comida. El pajarito era la mamá y necesitaba llevarle la comida a los niños. Los vi un rato, eso calmo mi enojo y me dio pena, porque no sabía si valía la pena quitárselo a los pequeños, incluso sabiendo que aquella mañana no iba a desayunar.

Con la tristeza de haber asumido la pérdida de la comida, fui caminando lentamente, pasando por el lado del árbol y mirando la vereda con la cabeza hacia abajo, hacia el colegio, pensando en los pajaritos. Pero al rato después, empecé a escuchar unos trinos muy sonoros y constantes. Miré sobre mi hombro izquierdo y me di cuenta que la mamá pájaro era quien piaba y parecía que me hablaba a mí. No lo sabía bien, pero por alguna razón me dio la sensación de caminar hacia el nido y ver qué estaba pasando. Fue en ese entonces que la mamá hizo un esfuerzo

para tomar la bolsa con sus patas y voló hacia mí para devolvérmela.

La comida estaba intacta, así que no sabía que pensar. El pájaro no pudo abrir la bolsa hermética, se notaba porque tenía marcas de picotazos y rayones pequeños, por lo que se resignó y se atrevió a devolvérmela. Eso me hizo sentir feliz porque, de todas maneras, no quería perder esa comida que mi mamá hacía con tanto cariño. Sin embargo, había notado que los pajaritos aún estaban piando por hambre, ellos no habían comido nada. Así que, en un gesto de disculpa, abrí la bolsa para sacar algunas migas de pan y un par de frutillas, con las que compartí con la mamá pájaro. Las tomó y se las llevó volando dos veces, la primera para llevar las frutillas y la segunda, las migas. Cuando llevó toda la comida al nido, tomé el resto y lo tapé con la bolsa para llevarla al colegio. Saludé con mucha energía a la mamá pájaro, agitando el brazo de un lado a otro, y fui corriendo directo al colegio, donde les conté a mis compañeros pero ninguno me creyó, ni mis padres ni nadie. Eso no me importó, porque en ese momento, pasé todos los días por el árbol en donde la mamá pájaro tenía a sus hijos, donde les llevé un poco de comida durante más de un mes, siempre piando cuando me veían.

Lamentablemente para mí, las crías, ya adultas, emprendieron vuelo y el nido se vació. Estuve con mucha pena los días siguientes, porque creí que los vería para siempre, en los días que fuera al colegio. Pero cuando me tranquilicé, encontré el lado bueno: me hicieron entender que, al momento que yo creciera, emprendería el vuelo igual que ellos, hacia nuevos lugares, para encontrar algo para mejor.

FIN